

## RECUERDOS

# «¡PLAZA A LA REINA!»

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

CONDE DE CANILLEROS

**¡Q**ué impresión tan enorme causó en mi infantil espíritu aquel momento teatral del drama de Tamayo y Baus! Por vez primera veía actuar a doña María Guerrero, que encarnaba la protagonista de *Locura de Amor*. Con mi ciega afición por el teatro, había seguido absorto, emocionado, todas las incidencias de la farsa, hasta llegar a aquella escena en la que don Felipe el *Hermoso*, que quiere declarar loca a su esposa, pide a la nobleza castellana paso para el rey y se dispone a subir al trono, en el instante mismo en que aparece doña Juana, con todos los atributos reales, gritando: «¡Plaza a la Reina!».

¡Nunca se me olvidará la impresión de tal momento! Aquella mujer era una reina auténtica. En su gesto había depuración de realeza y en su grito siglos de mando y dinastía. La farsa se esfumaba, para imponerse dominador un ensueño de realidad histórica.

Muy muchacho era yo entonces. No recuerdo siquiera exactamente por qué fué aquella representación, pues tengo idea de que se trataba de algún festival, en el que se repuso la indicada obra, que creo no estaba ya en cartel. La Guerrero, que había nacido en 1868, era entonces una mujer madura, en la plenitud de su genio. Había oído hablar tanto de ella y con tanta alabanza, que fui a verla casi con el temor de que me defraudase. Sucedió lo contrario, porque salí del teatro convencido de que aquella mujer era la mejor actriz del siglo.

Pude luego verla muchas veces en la escena, durante las largas campañas que hasta 1924 hizo en el Teatro de la *Princesa*, que hoy lleva su nombre; pero pasaron años sin que la tratara personalmente. Me la presentaron en sus últimos tiempos, cuando actuaba en el madrileño teatro de *La Latina*. La última obra que le vi representar fué *Doña Diabla*, una comedia de Fernández Ardavin, que se desarrolla en un



ambiente moral detestable. Doña María estaba vieja, agotada, adviniéndose claramente que su carrera artística tocaba a su fin. El fuego de su genio seguía intacto; pero las facultades físicas no la ayudaban.

Me impresionó esta representación tanto como aquella primera, porque pensé que podría ser—como así fué—la última que le viese, y por el contraste enorme de los papeles de las dos obras. La enamorada reina de Castilla de *Locura de Amor*, aparecía en *Doña Diabla* como un tipo celestinesco en cuyo domicilio ocurrían las mayores inmoralidades. La interpretación era genial, pero faltaba el transporte decisivo de la ficción a la realidad. Allí la farsa era farsa: magníficamente llevada, pero farsa.

Saqué la impresión de que al personaje le faltaba altura para estar al nivel de la intérprete: doña María había nacido para hacer de reina, no de dueña de un piso de cita. Yo la veía en la escena como una soberana desterrada y venida a menos, que, en el desquiciamiento de su ruina, al estilo de los tantos auténticos príncipes y grandes duques como entonces andaban por el mundo despojados de honores y bienes, se ganaba la vida como podía, esperando huir pronto de aquel bajo ambiente, para volver a gritar en regios alcázares y ante grandes señores: ¡Plaza a la Reina!

Entré en su camerino. Estaba con ella don Jacinto Benavente, al que yo no conocía. Me presentó a ambos don Tirso Escudero, el popular empresario del teatro de *La Comedia*, al que conocí unos años antes en *El Kursal* de San Sebastián.

Como es de rigor en tales casos, hice patente ante la Guerrero la admiración que su arte magnífico me inspiraba. Agradeció correctamente mis palabras, con la sencillez de quien había pasado una vida oyendo manifestaciones semejantes; con la naturalidad de una reina, acostumbrada a recibir el homenaje de su pueblo. Luego me comentó:

—Usted no pertenece a la generación de mis admiradores. Los jóvenes no son mi público.

—Yo la he visto hace años—contestè—; la ví por vez primera en *Locura de Amor*.

—Un simpático papel de reina—dijo—. Como ya se han hundido tantos tronos, también el mío se hundió.

Había en sus palabras auténtica nostalgia.

—Su trono es inmovible, doña María—dije—, y sin sucesora que pueda ocuparlo nunca.

Me dió las gracias y, dirigiéndose a Benavente, preguntó:

—¿Cuántos años llevo de reinado?

—Apenas unos instantes—respondió don Jacinto—. El tiempo no cuenta frente al genio, que es eterno.

Sonrió bondadosa. Tirso Escudero intervino:

—No hablemos de años. El tener unos cuantos, no supone el que no nos queden aún por delante muchos.

Doña María volvió a sonreír, ahora con amargura, y balbució, dubitativa:

—¿Quién sabe?!

En aquel momento entró su esposo, don Fernando Díaz de Mendoza. Me lo presentaron y seguimos charlando. El marido era todo un caballero, correcto y amable. Ya es sabida su historia: Grande de España, dos veces Conde y una Marqués, con mala posición económica y mucho entusiasmo por el teatro, viudo de un primer matrimonio, casó con la Guerrero en 1896, actuando con ella en escena, muy lucidamente, aunque sin llegar a su altura.

Me despedí para no volver a ver más a doña María, que murió poco después, el 23 de enero de 1928, en Madrid, donde había nacido. He tenido desde entonces muchas ocasiones de recordarla, hablando con la que fué su doncella, Josefa Cordero Monterola, conocida por Pepa la *Vizcaina*, que ha muerto con noventa y tres años en 1957, sorda y medio ciega, pero con buena memoria.

Pepa sirvió con la Guerrero, saliendo de su casa porque no quiso embarcar para América. Entró entonces a servir, en 1906, con el doctor don Leocadio Durán, el número uno de su profesión en Cáceres por aquel entonces. En la misma casa siguió hasta el fin de sus días, porque muerto el famoso médico y su esposa, continuó al servicio de su hija—que hoy ya tiene nietos—, la cual está casada con un primo mío, por cuya razón traté mucho a Pepa. En sus charlas y comentarios sobre doña María, repetía siempre lo que a continuación copio, que le he oído infinitas veces:

—Era una señora muy señora y muy buena. Me daba muchos vestidos; pero nunca consentía que me los pusiera sin reformarlos, porque no quería que nadie llevase los trajes como ella los había llevado. El marido era también muy bueno.

No hace mucho tiempo, en mi presencia, le hicieron a Pepa una



entreviú periodística sobre la Guerrero, que tardó en publicarse. Cada vez que me veía antes de la publicación, se acercaba respetuosa a preguntarme:

—Señor Conde, ¿cuándo se publica lo que le dije al periodista?

—Pronto, Pepa—respondía—.

—No quiero morirme sin leerlo—comentaba—; no por lo que digan de mí, sino por lo que digan de la señora.

Para ella, fué siempre la señora por antonomasia. Y tenía razón, pues cuando al hablar de actrices se nombra a doña María Guerrero, la gente tendrá que repetir siempre aquel grito escénico suyo: «¡Plaza a la reina!».



## AQUEL

# RECUERDO...

Como si hubieses sido aquel recuerdo,  
aquella voz...

Como si hubiese sido la canción del agua...

Y ahora vienes de nuevo

arrastrándote en mi garganta, en mi boca,

escupiéndome en mi lengua

como si fuese una palabra.

Te enredas hecha hiedra al muro de mis años,

donde yo voy sufriendo,

amando.

Hablando.

Diciendo adiós.

## COMO SI FUESES UNA FLOR...

Como si fueses una flor

desnúdate.

Sacúdete el rocío.

¡Enciéndete!

¡Enciéndeme!

Ven alba plena, suplicante ayo.

Nombre.

Ven.

Desde lejos verte venir.

Desde el principio de la carne.

Antes.

Yo esperaré con los brazos abiertos,